

DOMINGO CUARTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 4, 8-12): *Él es la piedra que desechasteis vosotros.*

Salmo (117, 1.8-9.21-23.26.28-29): *«La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular»*

2ª lectura (1ª Juan 3, 1-2): *Queridos, ahora somos hijos de Dios.*

Evangelio (Juan 10, 11-18): *El buen pastor da su vida por las ovejas.*

Las personas nos miramos a nosotros mismos y miramos a los demás, nos comparamos, admiramos y tenemos envidia; quisiéramos imitar a unos y queremos marcar diferencias con otros. No solo los niños necesitan personas en las que compararse como en un espejo, e intentar imitarlas, lo mismo sucede con los adolescentes, con los jóvenes, incluso con los adultos; también las personas que ya hemos pasado las primeras etapas de la vida, buscamos “referentes” en la vida laboral, moral y espiritual. Hace unos años, entre los cristianos, estaba la figura del “confesor” o “padre espiritual” a quien poníamos como director de nuestra vida. Luego aparecieron con fuerza otros “maestros” (muchos de ellos de matriz no cristiana), que proponían caminos de vida. Hoy se está recuperando, de nuevo, la necesidad del acompañamiento y la figura del acompañante.

Corren tiempos duros donde unos no tienen ninguna espiritualidad. Solo pretenden “sobrevivir” en esta locura global, que no controlamos. Otros buscan respuestas en los horóscopos, en la magia, en la diosa fortuna que reparte millones. Otros apuntan hacia espiritualidades sin “contenidos fuertes” y sin “relatos profundos”: yo estoy bien, tú estás bien. El cristianismo nos propone a Jesús como «maestro de espiritualidad», que pasa por la muerte en cruz, y nos asegura Vida, con mayúscula. El cristianismo no es una “ideología del ayer”, sino una “espiritualidad para hoy”.

La vida cristiana es vida que nace de Cristo Jesús, se centra en «Jesús maestro y pastor» y quiere vivirla en seguimiento de Cristo Jesús. No hay más secretos. Jesús no es solo un “personaje de la historia”, que lo es. Jesús no es solo un “prohombre de inigualable memoria”, que lo es. Jesús no solo es un “maestro de vida interior”, que lo es. Para los cristianos, Jesús es «el Señor», y la vida cristiana se juega en su discipulado. En palabras del evangelio de hoy: Jesús es el «Buen Pastor que da la vida por sus ovejas», por todos y cada uno de nosotros. No es un “asalariado”, sino el Señor que nos ama, y nosotros correspondemos a este amor.

La imagen del «Buen Pastor» responde plenamente a esa actitud de entrega generosa de la propia vida en favor de sus ovejas. No son éstas las que tienen que dar ganancias y servir de pasto a la ambición y ansia de poder del ganadero. La imagen evangélica nos brinda la actitud del pastor como el servidor que cuida de sus ovejas sin otro fin que el de salvarlas de cualquier riesgo en el que puedan encontrarse. Ellas, las ovejas, son las que le importan y el «Buen Pastor» está dispuesto a entregar su vida para salvar a sus ovejas.

La vida de las ovejas es la vida que ellas reciben de su pastor. Jesús da la vida libremente, nadie se la puede quitar y por eso la recupera según la propia voluntad del Padre. Esa vida gloriosa de Jesús es la que el «Buen Pastor» brinda a sus ovejas, para que no perezcan y tengan vida abundante. Nadie, sino Jesús puede salvar al ser humano de su condición de hijo de Adán, efímero y mortal, ofreciéndole una condición gloriosa, la de «hijo de Dios» y por tanto vencedor también con Jesús sobre la muerte.

Los Apóstoles entendieron que el Padre celestial ha manifestado su amor a Jesús el Nazareno, resucitándole de entre los muertos. No lo ha abandonado al destino de su condición de hijo de Adán, sino que lo ha glorificado en su condición de Hijo de Dios. La vida de Jesús entre los hombres es semejante a la del «Buen Pastor», que entrega su vida por las ovejas para que esta vida adquiera en ellas una nueva dimensión.

Nos preguntamos si la salvación que el «Buen Pastor» brinda a sus ovejas es puro don o se requiere un mínimo de correspondencia para que esta salud y bienestar se sientan como una realidad antropológica y satisfactoria. Una vez más resalta la iniciativa divina en el proceso de la historia salvífica, pero hay que leer esta acción divina en el marco de la libertad que supone siempre corresponsabilidad.

Solo seguimos a Jesús. Puede parecer demasiado “excluyente” en estos tiempos que corren, donde se huyen de las declaraciones consideradas “cerradas” o “dogmáticas”. El evangelio da la pista a seguir: Jesús, como todos los pastores del mundo, se pone delante del rebaño y marca tanto los caminos como el ritmo. El cristiano se pone tras sus pasos, se fía de sus decisiones, se deja marcar el ritmo por «Jesús, Buen Pastor».

Sólo Cristo, el Hijo de Dios vivo, el Resucitado, puede garantizar la salvación del ser humano. Todo aquel que crea en Jesús y acepte vivir y morir tal y como Él vivió y murió, dando su vida para recuperarla, ofreciendo su vida voluntariamente en obediencia al Padre, está respondiendo a su condición cristiana de hijo de Dios. Como tal es heredero de la gloria misma, que Jesús, el Hijo de Dios, ya nos ha preparado en la casa del Padre.

Por parte de Dios, ya todo está cumplido. La misión del Hijo, «Enviado del Padre», para anunciarnos esta salvación, culmina su tarea al confiarnos al Espíritu, quien habita en los cristianos como garantía del amor que el Padre nos ha manifestado. La mayor expresión del amor de Dios ha sido incorporarnos en Cristo al máximo grado de familiaridad con Dios: nos ha dado la posibilidad de ser “hijos de Dios”.